

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



MAGDA
UTOPIA
Y EL BOSQUE
ENCANTADO

Fernando Olavarría Gabler

40



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

MAGDA UTOPIA
Y EL BOSQUE
ENCANTADO

Fernando Olavarría Gabler

MAGDA UTOPIA

Y EL BOSQUE ENCANTADO

¿Qué tiene un bosque?

¿Encanto? ¿Misterio? ¿Belleza? ¿Magia? ¿Enanos, hadas, bestias, bandidos? ¿Espíritus malos que vagan en la oscuridad de las quebradas o espíritus buenos que se aparecen diáfanos en los claros o en los arroyos?

¿Hay duendecillos y gnomos traviesos? ¿Ladrones? ¿Amores idealizados e inalcanzables?

El bosque de la vida tiene todo eso.

¡Qué maravilla!

Comenzaremos por ordenar los destellos de nuestra imaginación para así crear un cuento cuyo título será el que tenemos más arriba en el inicio de esta página, y como personaje principal pondremos a un hombre jubilado de una institución estatal. Ésta tuvo la delicadeza de jugarle mal mediante un precario sueldo que nunca le permitió tomar vacaciones fuera de su modesta casa, (similar a todas las de la población), y que lo hizo trabajar rutinariamente durante treinta años día a día en una oficina insalubre, con una luz fluorescente encima de su cabeza e inclinado sobre un escritorio sucio y feo, con patas cromadas.

El jubilado éste, que se llamaba Anselmo, que había empezado a trabajar a los quince años para ayudar a su pobre familia, era diferente a los demás compañeros de oficina. No tenía vicios y por lo tanto no salía a beber con ellos después del trabajo y tampoco

fumaba. Lamentablemente su matrimonio sin hijos y su viudez lo había dejado como guardián de faro en la soledad de su vida, pero los golpes de tristeza y de depresión que alimentaban su soledad los combatía mediante sus buenas costumbres, su sólida religiosidad, oyendo música clásica y ¡haciendo gimnasia!, porque había leído en una revista, que el ejercicio físico provocaba un aumento de la secreción de unas hormonas cerebrales llamadas endorfinas que impedían la tristeza.

Cuando jubiló, se liberó de las cadenas del tedioso trabajo y con la alegría del que deja caer un gran peso al suelo, se sintió renovado y liviano, presto para cambiar de vida. Con el dinero del desahucio pensó invertirlo en una pequeña casa a la orilla del mar y buscando pacientemente en los avisos económicos del diario “El Mercurio,” encontró finalmente uno que lo entusiasmó. Se trataba de una casa situada en la orilla de un lago. El precio era bastante aceptable en relación al capital que disponía. Al conectarse con el corredor de propiedades a cargo de la venta, éste le previno que la casa era antigua, de madera, que requería importantes reparaciones, y el reducido sitio que poseía no tenía vallas, estaba situado en una extensa playa deshabitada sin casas vecinas, y en las inmediaciones a ella había un extensísimo bosque de selva virgen.

Estos datos, agregados al bajo costo de la propiedad, impulsaron a Anselmo para comprar de inmediato, y el negocio fue

MAGDA UTOPIA

Y EL BOSQUE ENCANTADO

cerrado con un pago al contado.


Cuando nuestro personaje llegó a su nuevo hogar, no se desilusionó del todo, ya que la casa era bastante más grande de lo que él se había imaginado. Estaba construida enteramente de madera de alerce y poseía tres pisos. Sus amplias ventanas miraban al lago cuya orilla opuesta casi no se veía en lontananza. Los postigos, algunos desvencijados y otros caídos en el pedregoso suelo, denotaban un absoluto abandono de la propiedad durante quizás mucho tiempo. Después de explorarla por dentro y planificar su arreglo, Anselmo recorrió a pie varios kilómetros para llegar al pueblo más cercano y comprar comestibles, algunos muebles y herramientas. Una de las cosas que le agradaba era trabajar en carpintería y cultivar el pequeño jardín de su casa en la población, así que su felicidad fue grande ante todas estas perspectivas.

Mientras reparaba un postigo del primer piso y esperaba una tercera compra que había hecho en el pueblo la cual sería enviada, como las otras, en una carreta de bueyes, vio que venía por el caminillo de la playa que pasaba frente a su casa, una mujer joven que portaba un canasto. La mujer se detuvo frente a él y le ofreció avellanas, moras y castañas, y al comprárselas Anselmo estableció una amistosa conversación. Por la mujer supo que la casa estaba abandonada hacía muchos años. Los últimos dueños se habían internado y perdido en el bosque. La mujer expresó que en la casa

penaban fantasmas y que en el bosque vivían seres misteriosos.

-¿Usted los ha visto?- preguntó Anselmo.

Como única respuesta, la joven dijo que vivía en el bosque y lo que le había vendido lo recogía de allí. A Anselmo le extrañó que hubiese castaños en la selva virgen, y la mujer, ante esa observación, haciendo un mohín continuó su andar sin despedirse. Cuando llegó a la cercanía del bosque, Anselmo vio con gran sorpresa que su imagen se iba haciendo paulatinamente transparente, hubo un momento en que la joven se detuvo, giró su cuerpo y mirando a Anselmo, le sonrió, luego continuó su vaporoso andar y desapareció.

Anselmo quedó impresionado durante todo el día por la mágica desaparición de esta dama, que realmente era bellísima, y no pudo darle una explicación racional a este hecho. Decidió descansar, y sentado en el suelo, apoyadas sus espaldas en el frontis de la casa, se deleitó observando el atardecer. Era un atardecer grandioso que lo llenó de paz y felicidad. Luego se levantó y colocando en su radio de pilas un disco de música clásica se puso a hacer gimnasia al compás del concierto para trompeta y orquesta en G menor de Haendel. 

Llegó la noche, y después de bañarse desnudo en el lago, se fue a vestir para cenar.

Tostó sobre la antigua cocina a leña unas castañas que la mujer

MAGDA UTOPIA

Y EL BOSQUE ENCANTADO

le había vendido y de postre saboreó las deliciosas moras mezcladas con leche y azúcar. Las castañas le dieron una grata sensación de bienestar físico y el postre de moras... ¡Dios mío! ¿Qué me está pasando? Exclamó Anselmo con bastante angustia, porque sentía una violenta sensación indefinible e inefable. Toda su atención estaba centrada en la imagen de la joven que había visto esa tarde. Lo obsesionaba su hermosura y al memorizarla se dio cuenta de que era perfecta. Su rostro ovalado ofrecía unos grandes ojos de color castaño y su cabellera, de un tono rubio veneciano, ofrecía una armonía completa con sus labios sin pintar. Recordó que su labio superior estaba levemente levantado y dejaba ver unos dientes blancos, perfectos, y su nariz algo respingada le daba un equilibrio a su amplia frente bordeada de bucles que caían y cubrían en parte unas delicadas cejas. A pesar de ser más o menos baja de estatura, no era pequeña y sus manos grandes que sostenían el canasto no pertenecían a una campesina. Recordó, sí, sus pies que eran de una piel suave y llevaban unas sandalias de tipo romano.

¿Por qué ahora recordaba con precisión tantos detalles en esa persona que, en un principio, casi había pasado desapercibida delante de su casa? Le venía a la mente un pensamiento que lo consideró producto de su imaginación y además algo pueril. Pensó que las moras de esa mujer lo habían hechizado...

Y así era en realidad.

Esa noche tuvo sueños tormentosos. Vio a la bellísima dama montada sobre un avestruz gigantesca y transparente. Ambas estaban hechas de cristal. Ella reía al ver la cara de estupor del soñador. Sus grandes y lindos ojos, del mismo color que las castañas del canasto, le insinuaban que la siguiera, entonces la avestruz se dirigía con largos y majestuosos pasos por un sendero hacia una montaña en cuya cima había una ciudad maravillosa, plena de luz, toda hecha de cuarzo, como la avestruz que guiaba la misteriosa y fascinante joven. Anselmo, en su sueño, se alejaba cada vez más de ella por no poder seguirla debido al cansancio físico que lo invadía; después tropezaba y caía exhausto mientras la imagen de la doncella y del ave se perdían a lo lejos.

-¡Espérame! ¡No me dejes!- gritaba Anselmo. Y así se encontró gimiendo sentado en su cama.

Amanecía. La luz de la aurora se filtraba por la amplia ventana del dormitorio. Anselmo, cubriéndose la cara con ambas manos comenzó a sollozar. Aunque estaba despierto aún influían en él las emociones del sueño. Se levantó trabajosamente y fue al comedor a beber un vaso de agua. Cuando pasó al lado de la mesa observó el plato con algunas moras que había dejado la noche anterior.

¿Cuál es el origen de estas moras? -se preguntó. No he visto zarza alguna en los alrededores ni en el camino hacia el pueblo.

Cogió una de las moras y la paladeó. Tenía un sabor delicado,

MAGDA UTOPIA
Y EL BOSQUE ENCANTADO



extraño, que nunca había percibido antes. Se comió todas las moras y esa mañana tenía la determinación inflexible que debía internarse en el bosque y encontrar a esa mujer que le estaba trastornando su vida.

Después de hacer gimnasia, bañarse en el lago y tomar una buena taza de café con leche y pan con mantequilla, se calzó sus zapatones con clavos, se puso su chaqueta de cuero y tomando su sombrero de fieltro se encaminó por el sendero hacia las márgenes del extenso bosque vecino a su casa.

El sendero terminaba abruptamente en una tupida maleza y matorrales casi impenetrables. A pesar de este obstáculo, Anselmo, asegurándose el sombrero con una mano para que no se desprendiera de su cabeza por las ramas, se inclinó y avanzó con gran tozudez, casi a ciegas, por entre los enredados arbustos. Jadeaba y a ratos gateaba. Más allá la espesa maraña de matorrales fue siendo reemplazada paulatinamente por frondosos árboles que permitían al caminante avanzar más erguido. El paisaje era silencioso y sobrecogedor. De vez en cuando un chucao* lanzaba su sonoro y misterioso trino. Después, silencio absoluto...

Lo único que oía Anselmo era su respiración jadeante, el crepitar de hojas secas por sus pisadas y el roce de algunas ramas bajas que doblaba con el desplazamiento de su cuerpo.

Hacía frío en ese lugar al cual no llegaban los rayos del sol, y

* Pájaro del tamaño del Zorzal, de plumaje pardo, y que habita en lo más espeso de los bosques.

MAGDA UTOPIA

Y EL BOSQUE ENCANTADO

cuando Anselmo se detenía para descansar y ver adónde dirigir su andar, podía observar el vapor de su respiración que salía de su boca abierta debida al cansancio.

Poco a poco el bosque se fue haciendo cada vez más espacioso. Entre los troncos de los grandes árboles que había en ese lugar, los débiles rayos de luz se filtraban a través del verde follaje e iluminaban el suelo alfombrado de amarillentas hojas.

Anselmo encontró un sendero y lo siguió hasta el interior de una quebrada. En ésta crecían grandes helechos y otras plantas propias de terrenos ricos en agua. Llegó a un lugar encantador, estaba cubierto en los flancos con gran cantidad de helechos, nalcas o pangues y otras plantas de extrema delicadeza y textura. Le pareció oír una suave melodía perteneciente a las cuerdas de un arpa.

♫ En efecto, el sendero hacía una curva y al sobrepasarla se encontró con una escena que lo llenó de gozo y de una extraña y placentera emoción. Entre el immaculado verdor vio un arpa dorada y quién la tocaba, sentada sobre un viejo tronco caído, estaba ella, la mujer de su sueño. Cuando lo vio acercarse, sonrió y dejó de pulsar las cuerdas momentáneamente. Anselmo dentro de su mudo estupor le fue fácil reconocer que la bella mujer estaba tocando el larghetto del concierto para arpa en B Opus 4 N°6 de Haendel porque lo tenía entre los discos de su colección. También pudo observar con nitidez que las cuerdas más finas del arpa se continuaban sin interrupción a

través de las clavijas y llegaban hasta la cabellera de la doncella. En esos instantes ella terminaba de tocar y poniéndose de pie sacó los cabellos que hacían de cuerdas y mirando con dulzura al recién llegado dio media vuelta y se perdió graciosamente entre los helechos del fondo. Anselmo creía estar nuevamente soñando. La belleza del bosque, la pureza del aire, su silencio y luego esa maravillosa melodía tocada por una mujer perfecta en un arpa dorada y misteriosa, lo había dejado en un estado de éxtasis, pero esta vez se dio cuenta de que no era un sueño porque el arpa estaba allí todavía. Se aproximó a ella y pulsó algunas cuerdas. Entonces vio que al arpa le faltaban las cuerdas más finas porque habían sido reemplazadas por los cabellos de la hermosa mujer. En una de las clavijas uno de sus cabellos no había sido arrancado y Anselmo, sacándolo de allí lo observó de cerca con gran devoción. Luego, llevándolo a sus labios y cerrando los ojos lo besó silenciosamente. Después, trémulo de emoción, murmuró unas suaves palabras, casi como un sollozo: Te buscaré siempre, aunque pierda mi vida para encontrarte...

Luego, serenándose, percibió que no estaba en su sano juicio. ¿Estaría loco de amor? No. A su edad, a esa altura de la vida no era posible una situación así. Decidió volver a casa y hacer gimnasia, bañarse en la playa del lago y después almorzar, oír música etcétera... Entonces, haciendo un nudo en los extremos del cabello

MAGDA UTOPIA Y EL BOSQUE ENCANTADO

que aún mantenía en sus manos lo pasó por su cabeza, lo puso en su cuello como un collar y aligerando sus pasos ya de vuelta en la quebrada, trató de llegar a su casa, pero no encontró el camino. Estaba perdido en el bosque. Él lo sabía y estaba feliz de no poder regresar a su hogar. Anselmo había sido hechizado en el interior de este bosque encantado. Vagó varios días sin saber adónde, bebiendo agua de los arroyos y alimentándose de avellanas, maquis y otras frutas silvestres. En vez de estar débil, se sentía cada vez más fuerte y joven y esto lo atribuyó al aire puro que respiraba, al agua exquisita que bebía de los riachuelos, a su alimentación a base de frutas y a los hermosos trinos de los pájaros del bosque, que oía y no podía ver. Después de vagar algunos días llegó a un lugar espectacular. El bosque terminaba y Anselmo divisó un extenso valle que se perdía en el horizonte. El valle estaba a un nivel mucho más bajo que el lugar donde se encontraba él y pensó que había recorrido en todos esos días una extensa meseta cubierta por la foresta. Desde allí se deslizaba una enorme grieta que había sido en tiempos remotos un antiguo ventisquero. Estaba cubierta también por árboles que llegaban hasta el valle. A lo lejos, majestuosas montañas nevadas circundaban todo el horizonte. Por la cima de una de ellas salía una columna de humo que se difundía entre las masas de blancas nubes en un cielo diáfano y transparente.

Estaba absorto contemplando toda esta impresionante vista

cuando oyó en la selva unos pasos a su derecha que avanzaban y se dirigían hacia él. No tardó en aparecer entre los arbustos el autor de estos pasos, era un enano, que quedó tan sorprendido de ver a Anselmo como éste al ver al enano. El hombrecito rió estridentemente y se acercó.

-¡Bienvenido al bosque de Magda!- saludó. ¿Qué te trae por estos lados y cuál es el nombre que te han puesto los dioses?

-Me llamo Anselmo.

-¿Anselmo? ¿Acaso andas en busca de Magda Utopia? Veo un cabello de ella que adorna tu cuello. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! -rió el enano- y dando un estridente chiflido comenzó a llamar a grandes voces a otros personajes. ¡Eh! ¡Muchachos! ¡Acérquense! ¡Vean quién está aquí! ¡Dice que se llama Anselmo! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué nombre más feo! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Mientras el enano gritaba y reía, aparecieron por entre los matorrales tres duendes y dos gnomos vestidos con hermosos y llamativos colores rojo, amarillo y azul. Se aproximaron alborozados y rodearon a Anselmo que, estático, casi paralizado por el asombro, no podía creer lo que estaba viendo. Entonces los duendes y gnomos, tomados de las manos, empezaron a bailar alrededor de él y a cantar.

¡Alto! Gritó el enano. Si buscas a Magda Utopia debes cambiar de fisonomía porque con la que tienes no llegarás a ninguna parte. ¿No es así muchachos?... ¡Siiiiiii! Gritaron a coro los gnomos

MAGDA UTOPIA

Y EL BOSQUE ENCANTADO

y duendes.

-Empezaremos por cambiar tu feo nombre- dijo el enano. De ahora en adelante te llamarás OMLESN. Pero nos sobra la A. ¿qué haremos con ella muchachos?

Agreguemos rturo dijo un duendecillo.

Buen idea- replicó el enano.

Te llamarás Omlesn Arturo, vizconde de Omelette.

¡Excelente!- gritaron todos.

¡Arrodíllate!, gritó el enano, en forma tan imperiosa que Anselmo obedeció sin titubear. Entonces el enano tomando una gruesa rama seca que estaba caída en el suelo le cortó las pequeñas ramas de la punta y blandiéndola como una espada la apoyó consecutivamente en ambos hombros de Anselmo, y le dijo: Yo, el Rey de los Enanos de las Grutas de Cuarzo y Diamantes, te nombro Omlesn Arturo, vizconde de Omelette. Diciendo esto le dio un garrotazo tan fuerte en la cabeza, que el nuevo vizconde quedó casi inconsciente en el suelo con un gran chichón en la cabeza.

Mientras volvía en sí vislumbró que los hombrecillos le sacaban el sombrero, lo deformaban y le colocaban una pluma. También le habían quitado los zapatones y con una tijera le recortaban los bordes dejándolos con un aspecto almenado. Lo mismo hicieron con la basta de su chaqueta de cuero.

Anselmo se había recuperado del golpe y trabajosamente se

puso de pie.

En el suelo había una daga cerca de su sombrero emplumado.

¿Qué han hecho conmigo? Exclamó con indignación Omlesn Arturo, vizconde de Omelette.

Te hemos cambiado, gritó con voz agria el enano. Cúbrete con el sombrero que te dará protección y ponte la daga al cinto que te dará poder de convicción.

¡Adiós, vizconde de Omelette! ¡Estás presto para buscar a la incomparable, perfecta y bellísima hada, Su Majestad Magda Utopia, Reina de los Diamantinos!

Diciendo esto el enano y sus compañeros desaparecieron en el bosque.

Omlesn cogió el sombrero y después de examinarlo con un dejo de malestar y extrañeza, se lo puso, e inmediatamente sintió una placentera sensación de protección y el dolor de cabeza causado por el chichón se quitó, porque el chichón ¡había desaparecido!

Se puso la daga al cinto y después de estudiar desde arriba, donde estaba, la posibilidad de bajar al valle, se internó en el bosque del ventisquero y comenzó el descenso.

Mientras bajaba oyó el llamado de un cuerno de caza, el galopar de caballos y numerosos ladridos, pero no eran ladridos los que oía sino que estridentes risas. Extrañado ante este hecho se arrimó a un enorme árbol y esperó lo que iba a acontecer porque el

MAGDA UTOPIA Y EL BOSQUE ENCANTADO

ruido de galope y las risas se aproximaban al lugar donde él se encontraba. Lo que vio lo llenó de asombro y de espanto. Una cabalgata de trece jinetes llegó junto a él y era seguida por ¡una manada de dieciséis hienas! Ellas eran las causantes de las misteriosas risas que había escuchado.

Los jinetes, armados con jabalinas y arcos se detuvieron frente a Anselmo mientras las hienas aullaban y reían furiosamente. Dentro de su terror Omlesn pudo observar que los rostros de los jinetes estaban cubiertos por negros antifaces, y a través de ellos unos fieros ojos le traspasaban el alma y lo llenaban de pavor.

-¿Qué buscáis por estos dominios, forastero?, preguntó el que hacía de jefe. ¿Quién sois? ¿Por quién estáis?

Al sentir un ambiente tan hostil, a Anselmo no se le ocurrió otra cosa que responder: Mi nombre es Omlesn Arturo, vizconde de Omelette, y ando en busca de una doncella cuyo nombre es Magda Utopia, que, al decir de un enano y los duendecillos del bosque, es un hada y Reina de los Diamantinos.

-¿Eso te expresó ese enano inmundo y maltrecho? ¡Maldito sea el bribón! ¿Me dices que iba acompañado de algunos duendes y gnomos? Nuestras hienas de caza tienen hambre y están fatigadas de correr buscando en estos parajes a la bruja Magna Utopia. ¿Dónde viste al enano y sus camaradas?, porque servirán de alimento a nuestras hienas manchadas.

Al oír esto, Anselmo le pareció que las hienas hubiesen comprendido las palabras del jinete porque empezaron a reír en forma tan estridente y aterradora que hasta los caballos se pusieron inquietos y algunos empezaron a relinchar y a patear nerviosamente el suelo.

El jinete las hizo callar con un poderoso rugido y luego de obtener la calma le preguntó a Omlesn por segunda vez, dónde había visto al enano y a los gnomos. Éste replicó: “Allá arriba en el bosque, pero no recuerdo el lugar preciso”; esto provocó la ira del jefe de los jinetes y amenazó a Omlesn : Él serviría de desayuno a sus hienas si no precisaba el sitio exacto del encuentro con el enano, y como el aludido insistió en no recordarlo, el jefe dio una orden a sus fieras para que atacaran y las asquerosas bestias mostrando sus terribles dentaduras se lanzaron furiosas hacia su presa dispuestas a despedazarlo. Omlesn se dio cuenta de que estaba inevitablemente perdido, pero iba a combatir, y sacando su daga del cinto ésta refulgió en el aire y al instante las hienas se detuvieron y huyeron despavoridas. A los jinetes se les opacaron los llameantes ojos y sacándose los sombreros saludaron respetuosamente. Luego uno de ellos se despidió con hipócrita amabilidad.

¡Adiós Omlesn Arturo, vizconde de Omelette! ¡Que encuentres lo que buscas y llegues a un grato final de tu existencia! - dijo con voz irónica. Después, volviendo grupas desaparecieron

MAGDA UTOPIA

Y EL BOSQUE ENCANTADO

galopando en la pradera seguidos por el tropel de hienas que corrían tras ellos velozmente a pesar de sus cortas patas traseras.

Omelesn, jadeante y bañado en sudor, con la daga aún en alto, la contemplaba sin entender lo que había sucedido.

¿Cómo era posible que una pequeña arma de doble filo fuera capaz de poseer tan tremendo poder de persuasión? No podía comprenderlo porque no sabía que los duendes le habían regalado una daga mágica...

Caminó toda esa mañana por la pradera en dirección a las montañas nevadas. En su trayecto se encontró con tierras pantanosas inundadas por aguas de bajo nivel e invadidas por extensos totorales.

Numerosas bandadas de patos y otras aves acuáticas poblaban esas soledades semicubiertas con agua y Omlesn las orilló para no mojarse las piernas.

Cuando caminaba bordeando estas ciénagas, de entre los matorrales apareció un hombre que lo saludó afablemente y se acercó a él. Dijo que era un cazador de patos, que armaba trampas en los matorrales y el producto de su cacería lo iba a vender al Reino de los Diamantinos.

Omlesn se interesó en el hablar de este nuevo personaje al saber que Magda Utopia era Reina de los Diamantinos y quiso averiguar más de ella.

-¿Tú te diriges hacia ese reino?- preguntó el cazador de patos. Acompáñame, el camino es largo y se nos hará más corto si vamos conversando.

Al ser interrogado, Omlesn contó sus aventuras en el bosque hasta el encuentro con la tropilla de jinetes y su jauría de hienas.

-Ellos son dueños de esta extensa pradera - respondió el trampero- y son enemigos acérrimos de Magda. Su reino, que está sobre esas montañas, corre peligro de desaparecer por las constantes erupciones volcánicas y terremotos que se han iniciado y sucedido con gran continuidad en estos últimos tiempos. Magda ha deseado emigrar de la montaña hacia el valle pero los jinetes se lo han impedido al defender ellos su territorio. Es gente muy violenta y usan antifaces para no ser reconocidos después de actuar en sus fechorías.

-¿Qué sabes de Magda Utopia?- preguntó Omlesn al cazador. Dicen que es un hada y los jinetes me dijeron que es una malvada bruja. ¿Qué opinas?

-Magda Utopia es una bellísima mujer, quizás un hada o una hechicera que encanta a quién esté cerca de su fascinante persona. Muchos hombres han enloquecido de amor por ella pero nadie aún la ha conquistado. Su hermosura perfecta, su encanto, su imagen

MAGDA UTOPIA

Y EL BOSQUE ENCANTADO

toda, es tan irreal que he llegado a la personal convicción que... no; mejor callo mis pensamientos para no herirte, porque por el gran interés que tienes en saber más de ella, deduzco que has sido atrapado en las redes de su hechizo.

El trampero guardó silencio y no volvió a hablar sobre ese tema.

Atardecía y decidieron pernoctar entre los totorales, en una escondite que sólo el trampero conocía, de esta manera no iban a dejar huellas ni restos de olor que pudieran atraer a las hienas y a los jinetes dueños de esas tierras. Omlesn siguió a su compañero de viaje y después de chapotear en el agua llegaron a un lugar en los totorales bastante sólido y seco que sobresalía del agua, pudieron tenderse encima de la totora para formar cada uno un nido, y allí pasaron la noche.

Estaba bastante avanzada la mañana cuando Omlesn despertó. Constató que el trampero no estaba en su lecho de totoras. En un principio pensó que había ido a cazar patos, pero transcurridas varias horas su compañero no volvió, entonces se dio cuenta de que su daga y su sombrero habían desaparecido. Repentinamente tuvo la clara idea de que el trampero era un ladrón, y, teniendo conocimiento de lo que él le había contado el día anterior, de su aventura con el enano y los gnomos y lo ocurrido en el ataque de las hienas, el trampero le había robado estas pertenencias tan valiosas

por sus extraordinarias cualidades. Entonces sintió un terrible desamparo y una gran inseguridad ante el peligro al no tener en su poder la daga mágica.

Se levantó con gran angustia, salió del total con los pantalones mojados y con agua dentro de los zapatos. Después de sacárselos y eliminar el agua dentro de ellos se los puso e inició su andar solitario.

Llegó al atardecer a los faldeos de la montaña más cercana y empezó a subir por un amplio sendero. A lo lejos divisó un magnífico resplandor y poco después pudo constatar que se trataba de una maravillosa ciudad hecha enteramente de cuarzo transparente. Cerca de allí corría un riachuelo que bajaba de la montaña y en sus orillas había varias mujeres que estaban lavando ropa. Omlesn se aproximó a ellas para averiguar dónde se encontraba y cuál era el nombre de la maravillosa ciudad que había divisado. De las doce mujeres que estaban allí sólo una siguió lavando, las otras, al verlo, se pusieron de pie, echaron la ropa recién lavada dentro de grandes tiestos, se los pusieron sobre sus cabezas y sin saludar ni despedirse se alejaron en dirección a la ciudad. Mientras se retiraban Omlesn pudo captar que tanto sus piernas y brazos como sus caras, relucían al sol como si fueran de cristal ¡y eran transparentes! Parecían maniqués de vidrio con movimientos propios. La que continuaba lavando no parecía así y Omlesn se

MAGDA UTOPIA

Y EL BOSQUE ENCANTADO

acercó cautelosamente a ella. Era una moza madura, de carne y hueso y aproximadamente de unos treinta y cinco años de edad. Al ver a Omlesn le sonrió y continuó lavando; cuando terminó, echó la ropa a la canasta y se cubrió los brazos bajándose las mangas.

Omlesn se presentó y ella le dijo que se llamaba María. Al ser interrogada, le contó a Omlesn que algunos años atrás se había internado en el bosque junto con su marido y éste había sido muerto por los jinetes del valle. Desamparada y sin saber dónde ir, había llegado al Reino Diamantino para trabajar y sobrevivir lavando ropa.

-¿Conoces a Magda?- preguntó Omlesn.

-Sí. Es nuestra soberana, respondió María.

-¿Podrías guiarme hacia ella?

-Sí puedo- contestó María y levantándose y equilibrando el canasto con ropa limpia en su cabeza, echó a andar y Omlesn la siguió detrás hasta llegar a las puertas de la ciudad.

-No te extrañes- dijo María -de lo que vas a ver. Te advierto que las mujeres que estaban lavando conmigo no eran seres humanos sino robots. Con una gran variedad de este tipo de personajes te encontrarás en la ciudad Diamantina.

En efecto, cuando sobrepasaron las puertas de la ciudad, Omlesn pudo constatar, preso de gran asombro, que una muchedumbre de robots humanos transparentes circulaban

silenciosamente por las calles. Algunos a pie y otros montados en los más fantásticos animales, todos hechos de cuarzo. Había cochinillas de humedad gigantescas, peces, gatos, caballos, tortugas, hipopótamos, etc., montados por estos robots humanos que se trasladaban de un lugar otro con exquisita naturalidad. Con gran sorpresa alcanzó a divisar el avestruz que había aparecido en su sueño.

Era tan extraordinario este espectáculo, tan maravilloso, que Omlesn no podía creer lo que veía y observaba aquello con la boca abierta y emitía frecuentes ¡ah! y ¡oh! de asombro.

María sonreía al lado de él y tomándolo de la mano aligeró el lento andar de este distraído y fascinado ser humano que miraba hacia todas direcciones al ver pasar tan admirable y mágica multitud de animales de múltiples especies y robots humanos transparentes, que reflejaban en esos momentos los rojos y dorados destellos de un sol al atardecer.

María llevó a Omlesn hasta un grandioso palacio situado en el centro de la ciudad y allí se despidió desapareciendo entre la multitud de las calles.

Omlesn subió las graderías de este imponente castillo construido totalmente de cristal. A medida de que avanzaba constató con cierta incredulidad que los numerosos guardias que había en todas partes no lo interceptaban ni le impedían su avance.

MAGDA UTOPIA

Y EL BOSQUE ENCANTADO

Llegó a una inmensa sala en cuyo fondo se veía un trono. Dentro de la sala había gran cantidad de cortesanos, vestidos con los más finos y llamativos ropajes. Además de los guardias apostados en los umbrales de los grandiosos pórticos, había dos gigantescos monstruos parecidos a perros pequineses que yacían sentados en la mitad de la sala. Éstos estaban sujetos por gruesas cadenas que partían desde los muros laterales a sus cuellos.

Omlesn caminó entre la gente que lo observaba sin inmutarse y luego avanzó por un ancho tapiz de terciopelo azul que llegaba hasta el trono donde estaba sentada Su Majestad Magda Utopia. Se acercó trémulo de emoción hacia ella. Magda lo observaba sonriente dándole una tácita bienvenida. Cuando Omlesn estaba ya muy cerca y se inclinaba para hacer una respetuosa venia, sobrevino un terrible terremoto & que hizo titilar la multitud de luces de gigantescas lámparas de lágrimas que colgaban en el cielo de la gran sala. Los enormes monstruos que estaban en los costados rugieron atronadoramente e irguiéndose en sus dos patas traseras trataban de librarse de sus cadenas. En esos momentos la multitud de robots de cristal huía desesperada y las lágrimas de las grandes lámparas caían estrepitosamente al suelo haciéndose mil pedazos en las baldosas. El pánico era generalizado y Omlesn subió a grandes saltos las graderías hacia el trono para proteger a Magda y llevarla afuera de este caótico ambiente. Ella estaba con los brazos extendidos hacia

adelante y con la corona inclinada en la frente que le tapaba los ojos. De pronto empezó a desaparecer. Lentamente se fue esfumando en el aire y sólo quedó la corona sobre el trono. Omlesn estaba perplejo por esta desaparición y se sentía ausente ante todo el estruendo del terremoto. Cuando ya las paredes se habían trizado y los enormes monstruos de cuarzo se habían librado de sus cadenas y estaban aplastando y destrozando a los robots que trataban de huir hacia el exterior, Omlesn sintió que alguien lo tomaba de la mano. Era María. -¡Ven!- le dijo. Salvemos nuestras vidas. El palacio se caerá en unos instantes más.

Ambos corrieron hacia afuera entre un mar de cristales hechos pedazos. En el exterior, todos huían sin saber adónde. Chocaban y se quebraban. Por doquier se oía el inconfundible ruido de vidrios rotos. Las paredes de las casas se venían al suelo y comenzaba a haber incendios.

Omlesn y María huyeron hacia las afueras de la ciudad, y ya lejos, cerca del riachuelo donde se habían encontrado por primera vez, se detuvieron para observar con gran tristeza la total destrucción de la ciudad. En el fondo montañoso divisaron cómo el volcán más cercano hacía erupción y la roja lava descendía para avanzar como una masa ígnea hacia la ciudad ya en ruinas, cubriéndola totalmente.

María y Omlesn con paso presuroso se alejaron de allí y se

MAGDA UTOPIA Y EL BOSQUE ENCANTADO

dirigieron hacia el bosque.

Pernoctaron en los totorales, con gran miedo de que las hienas los encontraran. Durante toda la noche el resplandor de las erupciones volcánicas iluminó el valle.

A lo lejos se oían gritos y crujidos de grandes derrumbes.

A la mañana siguiente María y Omlesn, tomados de la mano se internaron en el bosque, pero antes, sentados en el suelo le echaron un vistazo final al valle sepultado por la lava y al volcán humeante.

-¿Qué fue lo que no quiso decirme el ladrón? Le preguntó Anselmo a María.

-Lo que no quiso decirte- replicó María, fue que jamás tendrías ni alcanzarías a Magda Utopia. Ella es la imagen de la mujer perfecta que nunca ha existido. Entonces acercando Anselmo su rostro besó a María. Mientras se besaban, los dedos de María cortaron el fino cabello del cuello de Anselmo y lo dejó caer al suelo sin que éste lo percibiera.



Anselmo estaba pintando con aceite las tejuelas de alerce de su casa frente al lago. Adentro un bebé lloraba.

-Es hora de darle la papa- exclamó María, y entró a la casa.

Anselmo casi había terminado toda su labor de pintura. La casa se veía hermosa. Del interior salía un exquisito olor a comida que venía de la cocina y le abría el apetito.

¡María! ¿Qué tienes de almuerzo?

-Shh. No grites mi amor, que despertarás al niño.

Anselmo se fue a lavar las manos y se preparó para almorzar junto a su tierna y amorosa esposa.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.